



## ACTO TERCERO

---

El dormitorio de Fifi. Está amueblado con suma coquetería, en tonos blancos y rosa. Todo es en él fresco, claro y virginal. Muebles de laca blanca; en un ángulo, el escritorio con los chismes de plata y de cuero blanco; en otro, el tocador, muy á la moderna; una meridiana llena de almohadones y al pie de ella una rica piel de oso blanco. En el ángulo opuesto, la cama completamente oculta por un biombo blanco, que decoran preciosos grabaditos ingleses. Chimenea de leña, encendida. Mesilla con servicio de té primoroso. Detrás del escritorio una palmera en su tapatiesto de porcelana blanca. Dos puertas laterales. Ventana amplia al fondo. Al empezar el acto es de noche, pero pronto empieza á amanecer. Una luz, mitigada por un globo de cristal rosa, ilumina el cuarto.

### ESCENA PRIMERA

GRACIA, AURELIO y JOSÉ

GRA. Parece que descansa tranquila.  
JOSÉ Está todavía bajo la influencia del calmante. No despertara tan fácilmente. Podíais iros á reposar un rato también; yo velaré; tengo condiciones de enfermero y, además, la prima me servirá un café bien cargadito.

GRA. Lo del café me parece perfectamente. Os lo

- serviré á papá y á tí; papá está rendido; ¡tiene una cara!
- JOSÉ  
Es el susto. Ha creído que la niña se moría... No hay que alarmarse tan pronto. En la edad de Fifi, la naturaleza es fuerte y pelea á vanguardia; en otras edades, deserta.
- GRA.  
(Acercándose á la mesita y prendiendo fuego á la estufilla de la «bouilloire».) Haremos el café aquí mismo; ya traje á prevención lo necesario... Esperemos á que hierva el agua... (Volviendo hacia José.) Pero ¿tú sabes, primo, lo que es para papá esta niña y lo que es para la niña su papá? Fifi nos echaría de casa á todos, con tal que papá se quedase... Y él, á mirarla, á tenerla entre algodones, á celebrar sus chistes... ¡Era tan chistoso el ángel mio cuando le dejaban algún respiro sus males! Y á papá se le caía la baba... ¿No es cierto? (Tristemente.) Cierto es... Lo mejor de mis sentires lo habré puesto en la criatura enferma. Ella, con sus sufrimientos, era la poesía dolorosa del hogar; era la espina, era el clavo santo que hace la herida hermosa... A todas horas, mi pensamiento murmuraba: ¿y la enfermita? ¿cómo estará? Acercuémonos pronto á casa, de fijo me espera... ¿Qué la llevaré? ¿Un juguete, dulces, un ramo de flores, una sorpresa en broma? Y discurría niñadas y entre escaramuzas de cariño, reíamos los dos... ¡Era un género de dicha divina aquella pena constante!
- JOSÉ  
No te apures. Sanará, de fijo. Sánchez del Abrojo ha dado esperanzas.
- GRA.  
¿Qué te ha dicho á tí, José? Contigo hablará más libremente.
- JOSÉ  
(Dudoso.) Pues eso... Que no hay que desesperar... Que á menos que sufra un retroceso por causas imprevistas, no ve peligro inminente, del momento... Que evitemos toda emoción fuerte; que la preservemos del menor choque...

- GRA.  
Eso se ha hecho siempre... Sólo esta Nochebuena, con su fiesta del árbol, ha sido una imprudencia. Primero se incomodó, porque Sofía, que á veces tiene sus manías...
- JOSÉ  
Lo de todas las solteronas...
- GRA.  
La llevó la contraria y hasta casi la riñó... Luego tú, papá, que estabas preocupado, la rechazaste, ó al menos no la recibiste bien cuando vino á enseñarte su traje nuevo... En fin, tonterías... Pero, con la sensibilidad exagerada de esta criatura... (Corriendo.) ¡Uy! Ya hierve el agua... (Prepara el café en la cafetera y dispone el azúcar en las tazas.)
- JOSÉ  
El doctor me dijo también que á cualquier hora que hiciese falta le avisásemos. Vive ahí cerca. Hasta añadió que no nos fiásemos del teléfono; que su mujer, por no quitarle el sueño, descuelga á veces los auditores; que fuese yo en persona, caso de que algo ocurriese.
- GRA.  
No ha podido ser más amable... Papaíto, ¿qué tienes? ¡Tan caído! Toma el café, aquí te lo traigo... Y así que lo tomes, haz lo que mama: retírate y descansa un poco, aunque no duermas, que aquí quedamos, no dos primos, dos hermanos que velan por su hermana menor.
- JOSÉ  
Así es... Gracia lo ha dicho con toda la exactitud y el encanto con que habla siempre.
- GRA.  
En premio del pipopo te traigo tu taza. (Sirve á José.)
- AUR.  
Al contrario, Gracia... Tú serás la que te retires á tu cuarto, siquiera un ratito, á reposar... José y yo bastamos, y como la enferma está en sopor, cualquiera bastaría... (Movimiento de Gracia.) Te lo mando... (Gracia recoge las tazas, y con un gesto de risueña resignación se retira por la puerta de la derecha.)

## ESCENA II

AURELIO, JOSÉ

- JOSÉ Hace usted bien en obligarla á que por lo menos se recline... Y yo, además, deseo hablarle por cuenta de mi padre y por la propia.
- AUR. Dí lo que quieras... Pero no me apremies... ¡Me siento tan cansado!
- JOSÉ Le falta á usted costumbre de velar... y acaso costumbre de tener disgustos serios... Ha vivido usted en un ambiente blando y tibio de afectos, de ternura... sin combatir, sin temer... Mi comisión es agradable; no recele usted que le traiga complicación ni molestias; al contrario
- AUR. ¿De qué se trata?
- JOSÉ Mi padre, que es un portento para estas cosas, ha calado ya hasta el fondo el asunto Casarrobles... (Movimiento de Aurelio) No se alarme usted, ello va mejor de lo que se creía... Indudablemente, el banquero no supo desenredar el embrollo de su pasivo; pero vino una persona tan fría, tan segura y de tanta iniciativa como mi padre, y lo desenredará, y hasta lo beneficiará. No se preocupe usted ya poco ni mucho. Por ahí corre que Casarrobles se ha ido á América ó se ha suicidado, no se sabe en qué rincón. ¡Pchs! allá él. Despojos de naufragio... Lo esencial es que nosotros nada perderemos.
- AUR. Para vosotros, en efecto, es lo esencial.
- JOSÉ Y para usted también, puesto que... que al fin... somos una familia...
- AUR. Sí; adivino lo que quieres darme á entender... Nuestra intimidad parece llamada á estrecharse... Todo se quedará en casa... Sólo te diré que yo, en eso, no he de intervenir...

- La fortuna nuestra pertenece á Susana; en cabeza suya está.
- JOSÉ No importa, tío Aurelio. La mitad casi de esa fortuna á usted corresponde; se ha adquirido después del matrimonio y son bienes gananciales.
- AUR. Envidio á un muchacho que, á tu edad, está tan perfectamente enterado de las cuestiones prácticas.
- JOSÉ Creo distinguir en su admiración de usted unas gotas de ironía... y no me formalizo; acaso tenga usted razón, y fuera mejor y más agradable soñar á la luz de la luna y desdeñar magníficamente lo real, lo positivo. Yo soy lo que mi generación me ha hecho... un luchador, un trabajador; me han despertado temprano, me han metido en la mano una herramienta y me han dicho «tanto ganas, tanto vales». Feliz usted que pudo limitarse á desarrollar los sentimientos más dulces á la sombra de su hogar.
- AUR. Sí; muy feliz he sido...
- JOSÉ No lo dice usted, sin embargo, como se dice lo que se siente... Me parece notar en usted una pena honda... Será por la pobre niña que... que...
- AUR. Que se muere. Dilo pronto; si yo no lo ignoro. Y no es por ella mi pena.
- JOSÉ (Sorprendido.) ¿No es por ella? Entonces.. entonces es porque llega un día fatal en que todo hombre pierde la fe en su destino y cree haberse equivocado, haber marrado su vida... Yo, con el tiempo, alrededor de la edad crítica de los cuarenta, es fácil que lamentemente no haberme sentado á gozar del far niente... Y usted, ahora, reniega de no haber peleado... Eso es un desmayo pasajero. No se apure: cada cual por su camino.. y todos desembocan en la misma plazuela. De un modo ó de otro, somos un poco de ceniza...
- AUR. Así es... Quizás lo merece la pena de alte-

rarse por cosa ninguna... José, te lo suplico: déjame solo aquí, vete también tú a dormir; en mi habitación, ahí al lado (Señala una puerta opuesta á aquella por la cual ha salido Gracia.) tienes un diván... No es que tu compañía me estorbe; es que me estorba cualquier compañía... Quisiera pedir, no sé á quién... no sé qué... Sí; lo sé... La salud de mi alma enferma...

JOSÉ (Con respeto y afecto.) Adiós, tío, y perdóneme si le he importunado... (Vase.)

### ESCENA III

AURELIO, solo. Permanece unos instantes inmóvil. Luego se arrodilla al pie de la meridiana, y recostando la cabeza, pero sin esconder el rostro y cruzando las manos, mueve los labios como si rezase. La actitud queda encomendada al talento del actor.

### ESCENA IV

AURELIO y SOFÍA, envuelta la cabeza en una mantilla, con abrigo de piel, que se quita luego

SOF. (Entrando en puntillas.) Dice Dorotea que todos descansan... ¡Ah! Es él... ¿Qué hace? Pss... Aurelio... Soy yo...

AUR. (Levantándose.) ¡Sofía!

SOF. ¿Qué sucede? ¿Qué hacía usted?

AUR. No sé lo que hacía... Tenía la cabeza algo trastornada... Pero ahora me siento un poco más fuerte.

SOF. ¿Rezaba usted, Aurelio?

AUR. Creo que sí... No sé si le llame rezar... Era una efusión de todo mi ser en busca de algo que me reconciliase conmigo mismo y con el mundo... Era una queja y era una pregunta... ¿Qué he hecho yo de malo? ¿Es culpa mía lo que me sucede?

SOF. ¡Aurelio, Aurelio! ¡Y no poder nada, no servirle de nada!

AUR. No crea, Sofía, que me olvido de mi promesa. Le he dicho á usted que nuestro porvenir es uno mismo, y cumpliré lo que he ofrecido: saldré de aquí para reunirme á usted.

SOF. ¡Para reunirse á mí! ¡Y usted supone que acepto! Lo que vendría á reunirse conmigo sería únicamente un fantasma, y el verdadero Aurelio aquí se quedaría, sujeto por todas las raíces largas y profundas que echa el árbol en la tierra donde encuentra jugos y calor. Usted no puede, ni debe, apartarse de los... suyos. Y eso es lo que he venido á decirle. Ningún compromiso tiene usted conmigo; ninguna promesa existe, porque sin el sentimiento que las inspira, las promesas nada valen. Usted no ama á ninguna mujer más que á Susana; usted es padre...

AUR. Sofía...

SOF. (Firmemente.) Usted es padre. Su lugar es esta casa; no tanto por ser padre ni por ser marido, como porque aquí tiene sus amores, sus hábitos de bondad y de felicidad... Si algo hubiese que usted debiese perdonar... ¡perdone! El perdón es amor también...

AUR. Sofía, usted se sacrifica; usted llora... usted igualmente es un hábito de mi alma; es usted la amiga de cada día... Perderla me costaría mucho...

SOF. Nada de eso. Yo soy fácil de arrancar. Dentro de algún tiempo, cuando asista usted á la boda de Gracia, dando el brazo á Susana cubierta de terciopelos y encajes, ni se acordará usted de que existió en el mundo una Sofía Dávila... Yo tengo parientes en Sevilla; he decidido trasladar allá mi residencia. Si desapareciese de su casa y continuara viviendo en el mismo pueblo, las malas lenguas se despacharían á su gusto; y

poco me importaría por mí; pero es necesario, ¿lo entiende usted bien, Aurelio? es necesario que nadie, que nadie crea que aquí ha sucedido nada; nada absolutamente... También la costumbre de gozar de la consideración social de evitar las dentelladas de la malignidad, es una raíz de la vida de familia... Y usted está obligado a no entregar a las mujeres que con usted viven a la burla, al desprecio, al deshonor... Susana es su esposa, Gracia es su hija...

AUR. (Cogiendo a Sofía de la muñeca con violencia.) ¿Por qué no nombra usted a Josefina?... ¿Por qué?

SOF. Porque... porque Josefina... ¡va a morir! ¿'ree usted que es poco motivo de silencio? Al marcharse esa niña, les impone a ustedes el... el abrazo... ¡el abrazo de paz!... que dure hasta que también ustedes... los que sobrevivan...

AUR. Sofía, hermana mía... déjeme usted que bese ese pañuelo que sus lágrimas han empapado... Donde quiera que usted esté; donde quiera que esté yo, sabremos que hay alguien que nos compadece... Y la compasión de alguien es principio de la resignación propia...

SOF. Y de resignación oculta están formadas muchas que parecen felicidades, en muchos hogares que parecen tan unidos, tan íntimos, tan cariñosos... Créalo usted, Aurelio: la vida no es eso que usted disfrutó muchos años. Eso, al cabo, se paga; llega la hora de prueba, la hora en que es preciso trazarse un camino... y en esa hora se sufre todo lo disfrutado en largos años de calma y abandono. Desde ayer a hoy ha expiado usted sobradamente su... su soñolencia agradable... en su paraíso de familia...

AUR. ¡Que sí la he expiado! Desde ayer he sido criminal; mi mano se ha teñido en sangre; he clavado a Susana una bala en el corazón,

me he incrustado otra en la sien... y además he huído con usted a los países lejanos, dejando escrita una carta horrible... Lo he hecho todo, ¡todo! Lo he hecho en mi voluntad, en mi espíritu, en mi conciencia... Y no lo ha ejecutado mi mano... Diga usted, Sofía, ¿soy un cobarde? ¿Soy un miserable? No; lo más que puede decirse es que es usted... árbol... y el árbol, donde arraiga, allí se queda. Le cortan los brazos; le hieren el tronco; llora por la herida su savia, que es su sangre... pero no se arranca a sí mismo, porque no puede; no anda, porque lo sujeta la tierra con su dulce pesadumbre... Aurelio, adiós... Nos vemos por última vez... ¿quién sabe en cuánto tiempo!

AUR. Su mano. (La besa respetuosamente.)

## ESCENA V

DICHOS y FIFI

SOF. Qué frío hace... Me parece que la niña se ha quejado.

AUR. No... Sí, sí; se queja. (Corre a la cama de Fifi, apartando el biombo.) ¿Qué tienes? ¿Qué es eso? ¿Cómo te encuentras? Mejor; ¿has dormido bien?

FIFI He dormido... Pero ahora... me sofoco; me sofoco mucho, papá... Quiero levantarme... Dame la bata...

AUR. Es una locura... ¿Por qué no te dejas estar abrigada en tu camita?

FIFI Me ahogo... ¡Ay! Pronto, pronto; la bata... Ya es de día. (Aurelio la viste la bata de encajes; Sofía se acerca a ayudarle, y Fifi la rechaza.) No; ¡Tú, no! ¡Papá, papá... solo! (Aurelio la viste la bata y Fifi salta de la cama con los pies descalzos, viniendo a reclinarse en la meridiana, donde Aurelio arregla los almohadones. Después la calza unas chinelas de raso, iguales al adorno de la bata.)

- AUR. Así... Ajá... ¿Cómo te encuentras, pequeña?  
 FIFÍ (Hablando lenta y congojosamente.) Muy... inal...  
 Me ahogo... más aún... Abre... esa ventana...  
 AUR. Va á entrar mucho frío...  
 FIFÍ Abre... por Dios... ¿No... ves... que... me  
 ahogo? (Aurelio abre la ventana. Se oye el canto de  
 los pájaros en la pajarera del hotel.)  
 FIFÍ (sonriente, animada por el aire puro.) ¡Ah! Los  
 pajaritos... ¡Qué... ricos... cómo cantan!...  
 AUR. Así que te pongas buena, te he de regalar  
 muchos pájaros bonitos, para que la pajarera  
 esté que no quepa uno más.  
 FIFÍ No... no me los regalarás... porque yo no me  
 pondré buena... nunca... y porque tú... ya...  
 no me quieres... como me querías... antes.  
 AUR. ¿Por qué dices eso? Loquilla.  
 FIFÍ Por que... es cierto... (Hablando más libremente.)  
 ¡Ay! ¡Qué bueno es el aire! ¡Qué olores trae  
 á plantas... y á tierra!  
 AUR. (Transido.) Pero mira que hace mucho frío...  
 te helarás. (La arropa con una manta de pieles.)  
 FIFÍ No cierres, no cierres... Tú no me quieres  
 ya... ¿Crees que no lo noto? Si yo... te co-  
 nozco... si te estoy mirando siempre... ¿He  
 hecho algo... malo, papá? ¿Tienes... queja  
 de mí?  
 AUR. ¡Queja! No... ¿Tú que habías de hacer, ino-  
 cente?  
 FIFÍ Entonces... ¿por qué no me quieres como an-  
 tes... ahora que voy á morirme?  
 AUR. ¡Válgame Dios! Me estás partiendo el cora-  
 zón, Josefina... Me haces daño...  
 FIFÍ No, no te apures porque me muera; si es  
 una... suerte para todos. ¡He estado siempre  
 tan malita! Hecha una plasta. Yo iré al  
 cielo, y vosotros os acordaréis de Fifi, pero  
 no tendréis que estar siempre cuidándola...  
 No creas; no me importa nada vivir... ó no  
 vivir. Lo que me importa es que tú seas otra  
 vez para mí... papaito.  
 AUR. Soy papaito, pequeña mía.

- FIFÍ ¡No...! No eres... Llama á mamá... á ver si  
 entre los dos reuno cariño bastante... para  
 abrigarme... porque ahora estoy... tiritando...  
 AUR. ¿Ves, mimosa, porfiada? Cierro...  
 FIFÍ (Angustiada.) No... No... Llama á mamá...  
 AUR. Con tocar el timbre... (Lo hace.)  
 FIFÍ (Al oído de Aurelio.) Y que se... vaya... Sofia...  
 AUR. (Bruscamente, con enojo repentino.) ¡Ea, basta de  
 caprichos de niña mal criada! Sofia es muy  
 buena; mejor que todos nosotros. Está aquí  
 porque quiero yo... y no se irá... (Fifi no con-  
 testa. Dobra la cabeza hacia atrás y se lleva las manos  
 al corazón.)

## ESCENA VI

DICHOS, SUSANA que entra precipitadamente; viste «deshabillé» ele-  
 gante; en su cara se notan las huellas de la inquietud y el insomnio

- Sus. ¿Qué pasa? La niña... (se precipita hacia Fifi.)  
 ¿Desmayada? ¿El colapso? ¿Por qué no me  
 llamásteis cuando despertó? Está como  
 muerta... ¡Fifi, mi vida, mi tesoro! ¡Abre los  
 ojos; soy yo, tu madre...! ¡Soy mamá...!

## ESCENA VII

DICHOS, JOSE; poco despues, GRACIA

- JOSÉ ¿Qué hay? ¿Se ha puesto peor?  
 AUR. Sí... Vé á avisar al doctor... En seguida...  
 (José vuelve á salir.)  
 GRA. Fifi... ¿Qué es esto... Sofia, qué ha pasado?  
 (Aurelio y Susana forman grupo alrededor de Fifi,  
 Sofia se mantiene algo desviada.)  
 Sus. ¡Ah! Ya abre los ojos... Amor mío, mi nena,  
 ¿me ves? ¿Estás mejor, mi cielo?

- FIFI Sí... estoy mejor... Ahora respiro muy bien... Ayudadme; me gustaría asomarme á la ventana... Pero antes... Sofía, acércate... (Sofía se acerca.) Perdóname si te ofendí... (A Aurelio sonriendo.) ¿Estás contento, papaito? (Aurelio vuelve la cabeza, para esconder su emoción.) ¿Me llevas tú? Mamá, deja... Papá me lleva á la ventana... (Aurelio sostiene á Fifi, y lentamente se acercan á la ventana, por donde ya entra el sol. Gracia les sigue.)
- SOF. (A Susana, en voz alta.) Oye, Susana... Te traía un remedio para Fifi.. Pero ya creo que no es necesario... Tómalo y échalo á la chimenea... (En voz baja.) Son las pruebas de que te hablé ayer. Quémalas pronto. (Susana, silenciosa, coge el paquetito que Sofía ha sacado del pecho, lo rompe y lo arroja al fuego, donde se consume.)
- FIFI (En la ventana.) Qué... bonito... es... el sol... El aire... cómo... me gusta... (Se dobla sobre el brazo de Aurelio y echa la cabeza atrás.)
- AUR. (Asustado, pero con voz muy queda.) Gracia... parece que vuelve á desvanecerse... (La trae inanimada al sofá.)
- SUS. ¡Otra vez! Friccionarla, reanimarla... Es el frío... Yo también tengo frío... (Se estremece.) Niña mía...
- AUR. ¡Su corazón! No late... No late... ¡Se ha parado!
- GRA. ¡Y el médico! ¡Socorro! Un médico...
- AUR. Llegará tarde... (Quiere extender á Fifi en la mercediana, pero el cuerpo resbala y viene á caer suavemente al pie, sobre la piel de oso.)
- SUS. (Gritando.) ¡Ah! ¡Jesús! Mi niña... Aurelio... La niña... Nuestra niña... (Se echa en sus brazos.)
- AUR. (Sin rechazarla, y bajo, casi al oído.) No digas nuestra niña... Dí nuestra pena... Nuestra pena... Y entonces la sentiré contigo... Lloras, eres madre... y esa es tu expiación...

## ESCENA VIII

Por la puerta lateral de la izquierda aparecen un instante JOSÉ y el médico. Sofía, que sale envolviéndose en su mantilla, los detiene

SOF. Ya no hacen falta doctores... Esto se ha concluido... Todo se acabó. (Vase. Telón pausado.)

FIN DE LA COMEDIA